



LA REDENCION DEL ARTE

Gustavo Grisoski



Grisoski, Gustavo
La redención del arte : edición abreviada / Gustavo Grisoski. -
1a ed adaptada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación IWO,
2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-48619-5-5

1. Arte Contemporáneo. 2. Arte. 3. Filosofía Judía. I. Título.
CDD 700.1

LA REDENCIÓN DEL ARTE

Edición Resumida

Si bien hubo y hay cada vez más artistas judíos, la historia del arte está llena de ejemplos que avalan la difundida postura de que el arte es ajeno al judaísmo. Los grandes artistas de la historia, al menos según lo conocido, no fueron judíos, y si los hubo, no se los conoce. Es cierto que desde hace un tiempo han comenzado a figurar nombres de artistas judíos relevantes dentro del escenario artístico, pero en rigor, los grandes períodos del arte fueron de orientación ajena al judaísmo, y aun cuando pudo haber artistas judíos trabajando en empresas colectivas como por ejemplo en la Edad Media, no se los conoce. Parece ser que el hecho de ser judío ha sido considerado un impedimento para el reconocimiento artístico, ya que hubo artistas que, para moverse dentro de los círculos del arte con comodidad, se inclinaron hacia otras fuentes para nutrir su arte, llegando incluso al extremo de renegar de sus raíces. Inclusive, aquellos artistas que encaran su obra desde su judaísmo suelen hacerlo de modo anecdótico, plasmando los ecos de la historia, o con un halo de pintoresquismo, sin que se perciba el sentir de un judaísmo en cuanto estado espiritual presente y motivador, es decir, que lo que solemos ver como arte judío es el arte de un pasado histórico cuya vigencia se ha perdido. Por lo demás, en los casos de artistas creyentes que sienten su judaísmo como vital y esencial, aun cuando temáticamente las imágenes puedan expresar este íntimo sentir, los lenguajes empleados lo desdican; de hecho, lo que se conoce habitualmente como arte judío, es el registro en la imagen del paso del pueblo judío por la historia y las culturas dentro de las cuales se ha desarrollado, y en donde las imágenes son elaboradas de acuerdo a los parámetros formales en vigencia. No es posible por lo tanto hablar de un arte judío reconocible como tal, que exprese en contenido y en forma nuestra espiritualidad. Por otra parte, en el caso de los artistas judíos de renombre, lo que se suele ver es al artista debido a su arte únicamente. Sin embargo, la idea del arte como un credo, un concepto típicamente moderno, es totalmente ajeno a la esencia judía.

El artista tiene ante sí un camino fundado en la Verdad Eterna, inalterable e incognoscible, que trasciende por su naturaleza al tiempo y las limitaciones, de la que el Judaísmo es expresión. Es éste un camino que se recorre no sólo en lo que hace al quehacer artístico sino, y ante todo, vivencialmente.

Todo aquel artista que desee responder a este llamado puede hacerlo por derecho propio, sin dejar de lado su vocación individual, sino, por el contrario, llevándola hacia su más alto desarrollo y su mayor plenitud.

LA TORÁ Y EL DESARROLLO ARTÍSTICO

La Torá es el libro central y el eje de la vida espiritual judía. El término “Torá” deriva de la palabra “horaá”, que significa “enseñanza”. En los conceptos que de ella emanan, las vicisitudes de la forma encuentran una absoluta identidad ya que la Torá, al ser expresión divina, lo involucra todo. Así pues, la forma visual puede ser expresión de Torá aunque de un modo diferente a las palabras. La supuesta desconexión entre arte y Torá como consecuencia de la prohibición referida a las imágenes, resulta por lo tanto inaceptable. Esto genera la necesidad de explicar la esencia y el sentido de esta prohibición; sin intentar forzar los contenidos de la Torá, lo cual por imposible sería inconducente, dicha clarificación resulta esencial para comprender las cuestiones que involucran al artista judío, en cuanto judío y en cuanto artista, en la expectativa de encontrar algún indicio que permita orientar al arte en el espíritu del judaísmo.

Al respecto, dado que la prohibición tiene en sí misma un sentido que responde al espíritu de la Torá, la cual demanda nuestra voluntad al servicio de su cumplimiento, la misma se encuadra dentro de un orden general que consta de preceptos positivos y preceptos negativos. La prohibición de hacer imágenes es un precepto negativo vinculado a la prohibición de idolatría.

Idolatría significa básicamente negación de Di-s, es decir que todo lo que niega a Di-s constituye idolatría. En el caso de la imagen, la escultura, mencionada expresamente en el Pentateuco y utilizada recurrentemente para el culto idólatra, es el ejemplo más claro y contundente para comprender lo que la Torá censura. En lo que se refiere a los tipos de imágenes que la Torá permite se incluyen desde ya todas aquellas que no atenten contra el profundo sentido moral que ella nos demanda. Este sentido moral se dirige a la aceptación de Di-s sin condicionamientos, único camino para la verdadera plenitud.

Esto nos advierte contra la idea de que pueda ser posible para nosotros alcanzar la plenitud como consecuencia de nuestras “libres” elecciones, no importando cuáles sean y sujetas únicamente al propio parecer. Esta idea de la libertad es del todo ajena al espíritu de la Torá. La Torá nos pide fidelidad al mandato divino, y para ello nos ofrece un camino que nuestro libre albedrío puede optar o no pero que es irrefutable.

El tiempo en que vivimos está signado por la Profecía. Podemos asignar al esfuerzo humano el valor que indudablemente tiene y que se requiere a los fines de que la humanidad cumpla definitivamente su propósito, pero no podemos eludir la imponente de la Revelación que nos ha sido transmitida. Hoy resuena en los oídos de todos aquellos que ansiamos escuchar, animándonos a aventurarnos en nuevos caminos. Impregnarse de la fuerza de esta voz significa resonar en consonancia, hacerse eco de lo que viene a anunciar.

El nuevo mundo que se está gestando proviene de lo alto. Es un mundo de armonía, cuyo trabajo principal es conocer al Creador. Despertar a la conciencia de que Dios es Uno constituye nuestro más alto desafío. Es este un conocimiento esencial por cuanto no procede del análisis de la realidad que tenemos por delante, como es el caso del conocer ordinario, sino que somos parte de la misma realidad a conocer. En palabras de

Maimónides: *“El es el Conocimiento, el Conocedor y lo conocido”*. Nada hay que escape a Su Unidad.

La revelación de la gloria de Di-s coincide con la revelación de Su Unidad. La esencia de los seres y las cosas ha de hacerse manifiesta, tanto en lo intelectual como en la práctica. *“Toda carne verá”* la esencia misma, que subyace en la profundidad de lo creado. No hay lugar vacío de Divinidad, ya que *“el mundo entero está lleno de Su gloria”*.

Asumir el desafío de vivir el nuevo tiempo significa llevar a nuestra vida personal - con todo aquello que involucra- la conciencia de que la realidad, con todas sus particularidades y en toda su multiplicidad, responde al diseño unificado de una mente infinita; a la vez que no es posible, de ninguna manera, escindirla de su Creador. La unidad esencial de lo creado es expresión de la Unidad de Di-s. El espíritu de este nuevo tiempo queda en esto delineado, proveyéndonos de un sentido de realización.

UN NUEVO ARTE

Cuando se elabora un concepto, cuando se planifica una acción, cuando se construye una forma hay siempre una armonía subyacente que cohesiona y que da significado. Ya sea en lo visual, en lo sonoro o en el movimiento, o cuando se plasma una idea en la práctica, siempre es la armonía la clave de la realización. La armonía constituye el punto en común de toda expresión creativa, como también en lo particular del arte. Así es que, más allá de las múltiples definiciones que se han dado y que es posible dar, bien podemos entender al arte como la armonía creada por el hombre -en todas sus formas y modalidades, y en todas sus posibles manifestaciones.

En la armonía, las formas creadas encuentran su resolución. Armonía hay cuando las formas confluyen en un todo y eso sucede cuando funcionan todas ellas en un mismo sentido. Armonía es unidad. Este es un concepto muy profundo, que excede toda consideración intelectual.

La unidad es un concepto espiritual. Cuanto más profunda es la unidad, más profunda es la armonía que le da expresión. La armonía no puede ser forzada, simplemente sucede cuando las formas se combinan de modo apropiado. Algo hay en ellas que remiten al alma a un estado superior.

El camino de la creación conduce necesariamente a la unidad. Unidades hay de diversos niveles y las hay de todo orden. Lo físico, lo emocional, lo intelectual, conforman en conjunto una unidad que resume todo lo que el ser humano es, en su particular definición. Sin embargo, al profundizar en el concepto, se advierte que la realidad del ser humano es por mucho más vasta que lo que la define. Todos los aspectos de la realidad humana encuentran en el arte un correlato, pero la realidad excede el marco de lo estrictamente humano, para remitirnos a una dimensión más elevada, inaccesible a la razón.

Hurgando en la realidad, y a medida que profundizamos, más nos percatamos de la existencia de un orden en el que la realidad se sustenta. Todo lo existente responde a leyes y a principios únicos. La diversidad de la existencia con todos sus matices, forma parte de una gran unidad que lo involucra todo.

El principio de unidad de lo creado nos remite ineludiblemente al reconocimiento de que existe un Creador. Sólo un Creador pudo haber creado un orden de tal complejidad. La Unidad en su real significado, sólo es atribuible a Di-s. Sólo Di-s es verdaderamente Uno. La Unidad de Di-s es absoluta, es decir infinita, y por tanto inaprehensible. Asimismo, toda unidad creada o por crearse, existente o imaginaria, conlleva el estigma de la limitación. La Unidad de Di-s no es definible porque la mente no es capaz de comprenderla, es eterna e inmutable. La unidad creada es en cambio perfectible, sujeta siempre a variación.

Decir que lo existente responde a un Creador que le da vida, es decir que la existencia es en sí misma Creación. La creación humana no puede sustraerse de la Creación Divina, pues de ella forma parte. Creación Divina y creación humana son por naturaleza diferentes: la primera surge de la nada, el Creador sobrevive a Su obra, y ella permanece

siempre ligada a Él; la segunda es recreación de lo creado, sobrevive a su creador, y le es independiente. Aun así, puede la creación humana intentar abreviar de los principios sustentantes de la Creación, asimilándose el hombre al Creador, para trascender, en la medida de lo posible, su condición. En lo que hace al artista, queda éste sumido necesariamente en la paradoja que es propia del arte, de poner de manifiesto lo invisible por vías de la forma.

Esta paradoja es intrínseca al arte. Puede el artista intentar eludirla en los extremos límites de lo concreto o de lo abstracto, pero dichos intentos serán infructuosos. La paradoja subsiste porque la esencia de todo es la unidad, y la unidad lo incluye todo. La unidad reúne y resuelve en sí las antinomias, superando la contradicción.

Siendo el principio sustentante de la creación, la unidad resulta ineludible. Antes bien, constituye su sentido y su razón de ser. En todo origen está implícita la finalidad. Todo lo existente responde a una finalidad y el arte no escapa a este principio. Ni puede el artista liberarse de su responsabilidad. En las profundidades del impulso creador, hay impresa una Voluntad que lo trasciende.

De qué modo dará el artista respuesta en su arte a su finalidad última será algo privativo de su mundo personal, y por lo tanto incuestionable. Cada cual lleva en sí mismo su propia y particular limitación. De ella resultará el modo personal de cada artista de abordar su creación. Así surgen los estilos y las modalidades, dentro mismo incluso de los lineamientos consensuados.

La limitación del artista es uno de los aspectos de la paradoja del arte. Tiende a reprimir su impulso trascendente, a la vez que provee a la forma un canal para su definición. La forma es en sí limitación, la sombra de la luz, lo que oculta a la vez que manifiesta. En sus particularidades la Unidad se manifiesta, tal como la luz a través de filtros de innumerables gradaciones, en todos sus matices.

Así es el mundo en toda su multiplicidad, todo manifiesta la Unidad de la que proviene. Todo lo existente es Presencia Divina, todo lo creado está unido al Creador en unión indisoluble, y de Él recibe vida. Pero esta unidad de lo creado con su fuente permanece oculta tras los velos de la multiplicidad. Cada cosa, cada ser parece existir por cuenta propia, con total independencia. Es tan vívido este ocultamiento, que es muy difícil sustraérsele. Correr los velos del ocultamiento para experimentar la unidad, requiere de esfuerzo y persistencia. Implica abrirse a la experiencia espiritual, anulando el ego para fundirse en lo Uno. Es un camino de trabajo interior. A cada instante recibimos nuestra vida, y ella no surge de modo espontáneo. Es el Creador el que nos la proporciona. La Unidad del Creador es absoluta. Todo lo que existe, la totalidad de los mundos creados son sólo en la medida de Su Voluntad.

En la armonía, en la unidad de la experiencia creativa, se recrea un cierto grado de esta unión primordial. Cuando las formas confluyen, el alma la percibe. Nada engaña al alma, porque no depende de ella. Aquí reside la motivación del arte. Siempre es posible aspirar a recrear esta experiencia, y resultan incontables los caminos. Tantos como artistas e incluso como obras. Cada encuentro es único e irreplicable. Así también nos es dado

apreciar que esta experiencia es perfectible. Siempre hay un grado mayor, un nivel más elevado de unidad, en función de la conexión interior y del trabajo personal. La experiencia creativa presenta un doble aspecto, por una parte, la naturaleza del artista y por otra, su intención. A dónde se dirige la voluntad del artista, esto delinearé su camino y allí residirá el carácter de su obra. Hay siempre una lucha de superación en el artista que se manifiesta en su trabajo. Necesariamente habrá de vérselas con su naturaleza, y está en su libertad el modo de orientarla. El trabajo de superación implica la ruptura de un orden vigente, y su reemplazo por otro, de mayor amplitud. Cada orden, cada modo de unidad, constituye una interfaz en la que el ser humano interactúa con sí mismo.

Dentro mismo de su intimidad puede el ser humano contactar al Creador. Esta es la vivencia de unidad en su máxima expresión, disponible a todos. Todo artista puede incorporar a su trabajo esta dinámica, abriendo su arte a la experiencia espiritual. La unidad es en sí misma espiritual, es lo que liga al alma con su fuente en Di-s. El sentido mismo de la propia existencia requiere ser canalizado. Porque en este sentido primordial se halla enraizado el impulso creador que motiva al artista, dando por resultado al arte en su totalidad.

Cada acción realizada, cada forma construida, cada mínimo gesto o intención guarda íntima correspondencia con fuerzas divinas que en ellos se inviste. Es decir, que nada es indistinto ni insignificante. Todo tiene relevancia y afecta a lo demás. La creación humana se halla inserta en el infinitamente complejo mosaico de la realidad, que incluye tanto al mundo físico como la dimensión espiritual, en sus incontables niveles. En nuestro mundo confluyen e interactúan todas estas realidades, que conforman directrices que nos atraviesan.

Así es que, al crear, estamos impactando en el sistema multidimensional e inaprehensible de la realidad, del cual formamos parte. Sólo que no somos capaces de percibirlo claramente porque este mundo terrenal es de ocultamiento. Si así no fuera, no habría libertad de elección. Nos vemos obligados a elegir constantemente. Y la principal batalla que se libra dentro nuestro es entre lo material y lo espiritual, entre las tendencias contrapuestas que nos hacen inclinarse a uno o a lo otro. El resultado de esta lucha se ve en el campo de la acción concreta.

La lucha constante entre lo material y lo espiritual es el dualismo esencial de nuestras almas. Este mundo físico es un mundo de multiplicidad, en el que se oculta la Unidad Divina. Lo espiritual nos conecta en cambio a la Unidad. Entre lo múltiple y lo Uno se debaten nuestras almas, independientemente de nuestra voluntad. La Unidad es el reino de la luz, es decir de la verdad, pues *“la verdad es el sello de Dios”* (Shabat 55a). En contraposición, la multiplicidad es el ámbito de la confusión, de la mentira, del sufrimiento. En la multiplicidad hay verdades incontables, todas ellas relativas, ya que *“pueden existir muchas mentiras, pero hay una sola verdad”* (Rebe Najman de Breslev, Likutey Moharán 1,51). En la Unidad se descorren los velos, la luz sale de su ocultamiento y la Verdad se impone por sí misma, y esto genera placer en el alma.

La Unidad es el camino del verdadero placer, es el camino de redención de nuestras almas. Este camino requiere unir el cielo con la tierra, esto es, imbuir de espiritualidad la dimensión terrenal. Es el camino de la Redención que anuncian los profetas. Un camino ya iniciado y que ahora se está manifestando con más fuerza cada vez.

Estos nuevos tiempos han hecho irrupción en el arte desde los inicios de la modernidad. Ahora nos hallamos enfrentados a un nuevo desafío, que opone los estándares vigentes a sus limitaciones. Un nuevo orden está pidiendo instaurarse. Ya la experimentación ha dejado de ser la consigna. La reformulación de lenguajes y de métodos ha transformado el escenario del arte, ampliando los recursos disponibles. Pero hoy el desafío es de otro orden. La experimentación y la novedad estaban bien para un orden de renovación. Los sistemas ya han demostrado su insuficiencia para responder a las demandas de una humanidad que no por haberse liberado de viejas estructuras ha dejado de sufrir.

El desafío del arte es el desafío de la humanidad. Indefectiblemente estamos avanzando hacia un nuevo orden, un orden que favorecerá el desarrollo espiritual. No hemos de inventarlo ni imponerlo porque será un orden fundado en la verdad, y la verdad nos excede. Podemos adherir a ella, pero nunca forzarla. Es así que el arte se enfrenta al desafío de acompañar la nueva época, reformulando sus principios.

¿Cuáles son esos nuevos postulados en los cuales fundar la creación en este nuevo tiempo? Antes bien, ¿es posible acaso siquiera sugerirlos? ¿Cuáles son las nuevas formas o conceptos que reordenen los esfuerzos y los reconduzcan, de modo tal que confluyan hacia un mismo fin? Este ha de ser, seguramente, el escenario más deseable, el que condiga con las directrices que se hallan implícitas en la realidad vigente. ¿Pero es posible pensar en una confluencia de tal orden, que admita en un todo unitario la diversidad sin número de la expresión artística? ¿Podemos siquiera pensar que los artistas se dispongan en un mismo sentido, con la convicción que se requiere, sin minar su impulso creador sino por el contrario potenciándolo? Este es sin duda para el arte su mayor desafío, el camino necesario y esencial que ha de responder a sus interrogantes. Para algo fue creado el arte, por algo el Creador dio al hombre su don de asemejarsele. Hay una finalidad última, y en ella está el camino.

Hablar de finalidad última es hablar de Redención. Redención en el arte significa el arte de una humanidad perfeccionada, que percibe la realidad sin los velos que la cubren, y en la que se ha extinguido el fundamento de la mala inclinación. Un arte cuya modalidad hoy no podemos concebir, por estar sumidos en la confusión que es propia del ocultamiento.

Hoy no es tiempo de abocarse a la construcción de un arte unificado. Para ello hará falta revelaciones que aún desconocemos. Lo que sí está a nuestro alcance es trabajar con un sentido de unidad, en la vida y en el arte. Tenemos a nuestra disposición la posibilidad de conectar con Di-s, cuya Unidad sostiene y da sentido a todo, y en la cual las antinomias se resuelven. De dicha conexión puede el arte abrevar, ingresando a una dimensión hasta el momento inexplorada.

ARTE Y REDENCIÓN

Hoy se discute el curso de la ciencia desde el punto de vista de la ética. La manipulación genética, la inteligencia artificial, los viajes interplanetarios, el desarrollo de armamento, la conservación de la naturaleza, plantean múltiples cuestionamientos para los cuales no existen certezas. ¿Cuál es la proyección del progreso tecnológico? ¿Qué posición deberíamos tomar? ¿Cómo conducir sanamente el desarrollo de un modo sostenible? Y no sólo eso, sino que la ciencia en sí misma se ha comenzado a replantear sus propios fundamentos. ¿Puede alcanzarse la verdad completamente? ¿Puede entenderse verdaderamente todo? Siendo la realidad abordada por la ciencia de un orden puramente físico, las dimensiones más profundas escapan a la experimentación. Por sutiles que puedan llegar a ser los descubrimientos de la ciencia, ya sea que se hable de energía, del nivel subatómico, del origen de la vida, siempre se lo hará dentro de los límites de la materialidad. Para la ciencia, no hay explicación posible que pueda dar cuenta de cómo se genera y cobra vida lo existente, o el porqué o el para qué del orden natural; mucho menos en lo que refiere a la dimensión espiritual, que no puede ser sometida a observación.

Esta misma incertidumbre aqueja al arte de hoy, que ha perdido la proyección de un horizonte. Acompaña la confianza ya instalada en el poder humano por crear una nueva realidad, sin certeza de ninguna especie. Se sigue creyendo que la humanidad se ha generado a sí misma desde formas de vida más primarias, y que avanza hacia un grado de mayor evolución, por arte y gracia de su propia voluntad y fundándose en sus capacidades. Se atribuye al ser humano el don de crearse a sí mismo, el poder autosuficiente de dar vida, y todo el arte está teñido de este espíritu. En este espíritu es que delinea sus conceptos, al pulso de los vaivenes culturales. Los medios difunden lo que el mundo entiende como realidad y las supuestas novedades que determinan el presente. Imbuidos de buenas intenciones, sus artífices articulan razonamientos bien fundamentados que entretejen en conjunto la opinión pública. Un artista comprometido es aquél que acompaña el curso de los acontecimientos según los criterios consensuados, e impregna de ellos su trabajo. Para el mundo la realidad es ésta y también lo es para el arte.

Pero ocurre que desde esta perspectiva de la realidad no hay visos de resolución para los desafíos a los que nos enfrentamos. La opinión consensuada no repara las imperfecciones de nuestra humanidad, no transforma de raíz el corazón humano reenfoándolo hacia el bien. De hecho, no hay siquiera un criterio unificado de lo que es bueno y lo que no. Sin esa claridad y unidad de criterio, no será posible a nuestra humanidad encontrar su camino y redimirse de su sufrimiento.

El conflicto se desata desde el mismo comienzo. La creencia de la humanidad en su autosuficiencia no es nueva, sino que la acompaña desde siempre. Ha adquirido un nuevo impulso con la ola de ateísmo que ha inundado el mundo desde las postrimerías del siglo XVIII, cuando la razón irrumpe en la escena del mundo dando inicio a la supuesta iluminación conocida como Iluminismo, que en verdad no es sino una deformación del pensamiento impulsada por la imaginación, sin la estructura que proporciona la Sabiduría. Pero siempre ha tendido el ser humano a reproducir en la práctica los dictados de su

imaginación, para desde ella aplicarse a construir sus civilizaciones, con sus diversos modos de entender la realidad y sus modos de vida consecuentes.

Hay que entender que todo lo que surge del criterio personal se halla signado por la parcialidad, pertenece al ámbito de la limitación, por lo que no ha de ser aplicable a la humanidad en su conjunto. Así ha sido y continúa siéndolo. Las culturas se suceden las unas a las otras sin definiciones de verdades sostenibles, siempre reformulándose a sí mismas. Pueden perdurar por grandes lapsos, como las grandes civilizaciones que se han prolongado por siglos. Tal es el caso de Egipto, de Grecia o de Roma. Parecían ser inamovibles, pero a la larga han desaparecido. Sus sistemas de fe, sus desarrollos conceptuales, sus estructuras de poder forman parte de la historia, tal como todas las culturas a la hora de su caducidad. No hay sistema que pueda sostenerse sin fundarse en la verdad. El criterio personal se funda necesariamente sobre intereses egoístas, y sobre esta base no es posible construir para la permanencia. Tal como en Pirkei Avot: *"...toda asamblea que no sea en aras del Cielo, no perdurará"*.

La época nos arroja al desafío de encontrar respuestas que nos proyecten en un sentido cierto. Las tentativas de la modernidad en sus búsquedas por caminos divergentes, en la ciencia, en el pasado, en lo primitivo, en la niñez, en la abstracción, en la emoción, en las ideologías, nos dan idea de lo profundo de esta necesidad por un orden fundado en la verdad. El protagonismo de la luz ya instalado en el arte contribuye a manifestar esta necesidad. La palabra que entra en juego desde los inicios de la modernidad dando fundamento a la experimentación, para cobrar forma en manifiestos y asumir un liderazgo en el arte conceptual, acompaña todo el desarrollo artístico, develando su potencial creador. Hay una vocación hacia la profundidad, que adquiere con frecuencia un aspecto de evasión delatando insatisfacción respecto de la realidad. La libertad de pensamiento sin un cauce unificado, ha lanzado a la humanidad a replegarse hacia sí misma, enfrentándola con sus limitaciones. Este camino consensuado no es de unidad sino de divergencia, y por lo tanto infructuoso. Responde a intereses personales más que al bien común, por lo que no puede perdurar.

Es tiempo ya de salirse de uno mismo y abocarse a un camino unificado, sobre la base cierta de la Sabiduría. Es decir, la Sabiduría verdadera que es la que se fundamenta sobre los pilares de la Revelación del Sinaí. Desde allí es posible generar unificaciones en las dimensiones superiores con repercusiones en lo bajo. Un desarrollo sostenido sobre tales fundamentos perdurará porque surgirá desde lo más esencial que es la Unidad de Di-s. Todo esfuerzo orientado en este sentido estará imbuido de unidad, y por tanto del espíritu de Redención que estos tiempos exigen. Este mismo espíritu puede impregnar al arte todo, reconduciéndolo hacia su propósito esencial y afirmándolo en un camino de desarrollo perdurable, libre de las fluctuaciones propias de la circunstancia al emanar de la verdad y no de la lógica o del consenso.

Este camino de desarrollo tiene su inicio, coincidentemente con el surgimiento de la modernidad a fines del siglo XVIII, en la figura del Baal Shem Tov, quien inaugura el Jasidismo y con él la marcha ineludible hacia la Redención. Es la apertura de los manantiales de lo alto, paralelamente al desarrollo de las ciencias que configuran los manantiales de lo

bajo. A través del Baal Shem Tov nos llega la iluminación en su total y verdadera expresión a partir de la apertura de los manantiales de la Sabiduría oculta, y es esta apertura la que da vida a la senda que conduce al mundo a su renovación.

Al mundo todo y en particular al arte le cabe un lugar dentro de este escenario. La luz redentora es la que nos otorga la conciencia de divinidad de todo lo existente. Di-s lo es todo, y todo puede ser un recipiente para Su manifestación. La luz es abundancia, el bien que nos es otorgado, una luz indiferenciada por naturaleza que cobra entidad al pasar por los filtros de la estructura espiritual. De nuestro accionar en el mundo depende que esta luz se manifieste con un sentido de vida. Las enseñanzas de la Sabiduría tal como fuera entregada en Sinaí, que nos es transmitida por los maestros de la Tradición, sirven de guía y de cauce para todo desarrollo viable en un sentido verdaderamente constructivo, perdurable al punto de constituirse en expresión de eternidad.

La era de la Redención es el propósito último de la historia humana; no constituye una variable entre otras posibles, sino que viene a dar fin a toda controversia, manifestando el bien que define esencialmente a lo creado de un modo concluyente. A partir que se revele el bien intrínseco en la Creación, perderá el mal toda sustancia y hallará su fin el sufrimiento. La conciencia de Di-s definirá este nuevo tiempo, cada vez más cercano e inclusive presente por momentos. Algo de esta nueva conciencia que los Santos Justos de Israel ya vivenciaron, está empezando a tornarse accesible para todos. Como le fuera indicado al Baal Shem Tov, Mashíaj llegará con la apertura de los manantiales, la Sabiduría oculta que ha venido a develarse.

Las implicancias de esta nueva conciencia en nuestra realidad y en particular en el arte, son a todas luces evidentes. Como toda actividad, pertenece el arte al plano de la acción que es el más bajo de los mundos dentro de la dimensión espiritual. Comparte aspectos con los mundos superiores, e inclusive en lo profundo se vincula a lo esencial, la Voluntad del Creador. De hecho, viene a reflejar el arte en escala reducida la Creación en su conjunto, y el artista al Creador en identidad y semejanza. Sólo que el artista es también creación. En tanto ser humano, constituye el propósito último de la Creación, y la finalidad de lo creado. Le cabe por lo tanto el derecho de asumir en la escena el protagonismo que le corresponde, como así también la responsabilidad que le es inherente, lo cual de por sí define un marco para su desarrollo. Y en la correspondencia del propósito último, tal como lo manifiesta la Voluntad Superior, con el plano bajo de la acción, halla a su vez el arte la posibilidad de una definición en la práctica concreta, de modo tal de responder a ese propósito.

Todo esfuerzo del arte en el sentido de manifestar la unidad, constituirá el camino necesario en este nuevo desarrollo. Los recursos disponibles pueden aplicarse a esta tarea, y es adecuado que lo hagan. Las experimentaciones de la modernidad hallarán finalmente su cauce en la medida en que confluyan las tendencias, animadas por el espíritu en común. No hay lugar para la divergencia porque la unidad es incluyente. La diversidad podrá manifestarse sin alterar el propósito esencial, antes bien, poniéndolo de relevancia. Ya la diferencia en los lenguajes no será indicativa de una divergencia en el propósito, sino de la verdad de la unidad, que en sí lo incluye todo. Seguramente ocurrirá que a los fines de la

unidad en el propósito se nos concederá una lengua pura, una lengua única acorde a su finalidad, no sólo en la palabra como lo anuncia el profeta, sino en todos los campos de la comunicación. Siendo así, es de esperar que los lenguajes se depuren, acercándose los unos a los otros. La unidad en el propósito conlleva en sí la facultad de reunir y de resolver las diferencias.

Desde tal perspectiva, resulta inconducente todo esfuerzo en el sentido de jerarquizar modalidades, acentuando en unas el valor en desmedro de las otras. Con el surgimiento de la fotografía, la pintura se vio en la necesidad de reinventarse, pero nunca ha desaparecido. Las nuevas modalidades en el arte que difieren de las tradicionales, en la necesidad de ganar un lugar se han empeñado en desplazarlas, como si no pudieran convivir. No hay nada verdadero en estas antinomias. En el camino hacia su finalidad, todo el arte requiere reivindicación. Cada disciplina, cada lenguaje, cada aspecto de los que lo configuran, pide ser redimido.

Al respecto, resulta pertinente destacar el papel protagónico que desempeña hoy el diseño en el mundo. Ligado firmemente a la tecnología, ha logrado unificar masivamente la imagen de la época, imponiendo sus estándares en términos visuales. Pareciera haber ganado el distintivo de la representación. Pero no debemos engañarnos. La cualidad funcional que es determinante del diseño no le otorga la profundidad propia del arte. Ligada al consumo, su extrema definición resulta apropiada a fines prácticos. Sin embargo, en la precisión de sus desarrollos formales falta el ingrediente del misterio que por vías de la forma nos traslada desde el campo de lo puramente estético a dimensiones de mayor profundidad. Disyuntiva ésta muy afín a la que plantea la inteligencia artificial, en el afán de la ciencia por sustituirnos.

La humanidad toda pide ser redimida. La Redención está esperando poder manifestarse, en cada uno de nosotros y en todas nuestras expresiones. Es un camino basado en la fe, superior por naturaleza a la razón porque nos liga a la Voluntad Superior, que trasciende el ámbito de lo creado y que lo determina. Un arte orientado en este sentido es un arte de la Redención.

El arte de la Redención es un camino abierto a los artistas. Cada artista vinculando a este proceso su vida personal, podrá determinar en idénticos parámetros su trabajo creativo. El escenario del arte no perderá diversidad; por el contrario, hallará la diversidad su camino de resolución en la unidad, al orientarse toda ella hacia un propósito en común.

La unidad en el propósito encaminará necesariamente al arte hacia el cumplimiento de su finalidad, superando su naturaleza conflictiva y resolviendo sus contradicciones. Será una unidad bien orientada y por lo tanto perdurable, acorde al nuevo tiempo que estamos comenzando a transitar.

UNIDAD DE FORMA

El camino hacia la Redención requiere de nuestra voluntad en el sentido de identificarse con la Voluntad del Creador. Siendo así, lo humano puede formar parte de la dimensión de lo Divino, y nuestras expresiones pueden ser permeadas de Divinidad. Se cumple así materialmente el objeto de la Creación para este séptimo milenio en el que estamos ingresando, con la conciencia de Di-s impregnando nuestro mundo.

La voluntad aplicada en un sentido superior nos dirige necesariamente a la unidad. Toda creación que aspire a imbuirse de espiritualidad requerirá abreviar de aquello que nos ligue a Di-s y a Su Unidad. En el artista habrá entonces una voluntad de unidad dirigida a la forma, que la modelará en ese espíritu.

Al hablar de unidad, lo primero que surge es la imposibilidad de asignarle una forma. La unidad es tal cuando lo contiene todo. Necesariamente, experimentar la unidad requiere integrarse dentro de ella, nunca contemplarla desde fuera. Motivo por el cual no será posible reducirla a los límites estrechos de una definición, ni mucho menos de una fórmula, y esto excluye toda posibilidad de hallar una forma que la represente. Antes bien, podremos aludir a la unidad de maneras diversas, todas ellas igualmente válidas.

Habrà pues en el arte un sinnúmero de opciones, tantas como artistas e incluso como obras, para dar forma a una imagen en un espíritu de unidad, sin que una invalide a la otra. En verdad, una de las formas en que la unidad se manifiesta es la diversidad. Para dar cuenta de ello, basta con la consideración de las innumerables configuraciones que adopta el rostro humano sin por ello perder su identidad.

La unidad nos remite al origen, a la experiencia primordial de la existencia. En el origen está Di-s, dándonos vida. Di-s es Uno, en toda su significación. Nada existe sino Di-s, todo lo existente es expresión de la Divina Unidad. La esencia de las cosas nos liga a su origen, donde las identidades se diluyen. Así es que, en lo profundo de las identidades de los seres y las cosas, está la Unidad que les da vida.

Así lo expresa Rab Luzzatto:

La suprema unidad de Di-s es el fundamento de la fe y la raíz de la sabiduría. Por consiguiente, esto es lo que debe ser explicado primero. Porque toda la Sabiduría de la Verdad (...) sólo viene a demostrar la verdad de la Fe (...). Viene a explicar cómo todos los reinos y seres creados y todo lo que ocurre en el universo emergen de la Voluntad Suprema (...). Muestra cómo todo es gobernado de la forma correcta por el Único Di-s, bendito Sea, para, al final, llevar a todo el ciclo de la creación a la perfección completa.

Podemos asimismo aventurar otro concepto, igualmente trascendente. Así como de la unidad proviene lo existente, así también es la unidad lo que define su sentido. Ya que lo esencial de toda cosa es siempre la unidad que le da vida, y en lo esencial está enraizado su sentido último. Éste es el camino de la espiritualidad tal como fuera entregado en Sinaí, el que nos conduce a un estado de mayor perfección. En otras palabras, la unidad es el origen y el sentido. Esta conciencia delinea para el arte un modo esencial, que puede adoptar múltiples configuraciones. Porque la unidad lo incluye todo en todos sus aspectos y en sus

innumerables gradaciones. No existe para el arte forma alguna, creada o por crearse, que no pueda participar de la unidad. Hasta aquello que la niega pertenece a la unidad de lo creado. Sólo que un arte de unidad requiere una conciencia que define en la unidad el sentido de su desarrollo, y este sentido expelle todo aquello que la niega. Es el caso de la idolatría, que la Torá prohíbe categóricamente, sin dar lugar alguno a la duda. Cada cual tiene la opción de indagar en sí mismo para erradicar este rasgo de sus concepciones a fin de sintonizar en el espíritu adecuado a la unidad. Idolatría no sólo significa adorar otros dioses, sino todo aquello que de algún modo niega a Di-s. Creer en la naturaleza, en el dinero, en el poder, en la razón, significa creer en otros dioses, conlleva ello una fe adulterada, ajena a la verdadera fe que es la que liga a nuestras almas con su fuente en Di-s. Un arte de unidad requiere claridad en el propósito esencial que es el apego a Di-s. De ahí en más, todo quedará en mayor o en menor grado dentro del dominio de la multiplicidad que es propia de este mundo. El camino de la unidad en el arte es un trabajo abnegado que exige del artista superar su ego y anularse a sí mismo en la medida de sus posibilidades, en aras de una nueva realidad, de mayor plenitud.

Ante sí tiene el artista todo un repertorio de formas incontables, de las que lo creado constituye una porción. En verdad, el reservorio formal es inconmensurable ya que incluye a las formas en su totalidad, inclusive aquellas que no han sido expresadas. Hay un potencial de forma que se manifiesta a cada instante y en cada situación, que el artista tiene el don de percibir. Toda forma, creada o por crearse, pertenece por igual al todo que es la realidad, de la que no es dado sustraerse. Todo es Di-s manifestándose, y todo es Uno. El camino de la unidad es un camino interior, fruto de una expansión en la conciencia que da acceso a nuevas y más profundas percepciones.

La experiencia interior es abstracta, imprecisable. Traducirla en formas requiere el uso de la imaginación, de un modo afín a los profetas en relación a sus visiones. La inspiración creadora es en eso similar. El artista es conducido en su viaje interior por armonías que piden develarse. Develar una armonía significa trasladarla de lo puramente abstracto a los límites de la definición. La imaginación es esencialmente vinculante, y puede ser manipulada. El mundo nos invade con un sinnúmero de imágenes de las que es preciso sustraerse, en aras de una percepción más elevada. Es trabajo del artista, orientarla en un sentido espiritual, con todo lo que implica a nivel personal en términos de purificación.

Al ser la unidad de un orden tan abstracto, que toca lo infinito, nos será imposible identificarla a forma alguna. Entonces cabe preguntarse: ¿cómo expresar la vivencia espiritual, de modo tal de plasmar algo de ella en la forma, por imprecisable que sea esta experiencia?

Los Sabios nos enseñan que a la dimensión espiritual es posible acceder por alusiones. Nada hay que permita definirla. Las visiones de ángeles o de la merkabá en la profecía de Ezequiel no constituyen representaciones sino que aluden a realidades de otro orden, cuyas detalladas descripciones han pasado por el filtro del profeta. Como lo explica el Likutei Moharán, todo profeta ha contemplado la Presencia Divina por medio de una lente opaca a excepción de Moshé nuestro maestro, que lo ha hecho a través de una lente translúcida. La alusión implica referirse a algo indirectamente. En lo que nos concierne, la

cuestión a definir es el conjunto de recursos formales que constituyan posibles alusiones a la unidad profunda de la experiencia espiritual. Ya eso de por sí nos conducirá a un apego a Di-s, si nos cuidamos de no franquear los límites que no deben transgredirse. El camino espiritual conlleva riesgos, por lo que es preciso conducirse de acuerdo a la Sabiduría, a fin de preservarse. El Segundo Mandamiento, *“No Tendrás otros dioses...”*, el cual declara la prohibición de idolatría, contiene en sí la limitación referida a las imágenes, en lo que hace a la semejanza respecto a lo creado en el cielo y en la tierra, con la intención de otorgarles entidad y poder a dichas semejanzas.

El concepto de semejanza en el arte entra en el campo de la representación. No toda representación conduce a la idolatría porque no toda semejanza es destinada al culto e incluso lo abstracto puede destinarse a cultos a otros dioses, por medio de simbologías. Inclusive la expresión de la Unidad Divina, entendiendo al Uno como el único Di-s, a través de una definición particular de la Unidad, puede ser uno de los modos de la idolatría. El camino de la unidad en el arte será necesariamente el de aludir a la unidad, es decir, el de referirnos a ella indirectamente; y ello será por medio de los recursos formales adecuados. Las alusiones contenidas en la forma serán las que nos lleven a la percepción de la unidad, no por la intención propia del artista, sino por la cualidad inherente a las variables formales. Desde ya que la temática a un nivel general o el motivo en lo particular, deberán ser acordes y encauzarse al mismo fin, evitando siempre caer en el ámbito de la idolatría. Desde el principio hasta el final el arte conlleva el mismo riesgo. Es tarea del artista alejarse de los riesgos de la transgresión y conducir su creación dentro de los cauces de la certidumbre.

De cualquier manera, lo verdaderamente prioritario es apegarse al Creador, todo lo demás es un camino necesario. En la medida que se expande la conciencia, la renuncia, tanto a lo adverso como a lo superfluo, se instala en nuestro orden como variable ineludible. Siempre al crear hay escalas de valores, y filtramos elementos dentro del todo que es la obra, en aras de la claridad. El camino de un arte espiritual lleva en sí todas las características de la vida espiritual. El arte a crear será, predominantemente, consecuencia de la experiencia espiritual. Es un camino basado en la fe, nutrido en la fe, y elaborado en la fe. Hablando en términos de unidad de forma, será ésta consecuencia de la actitud de apego al Uno, cimentada por el trabajo personal. Aspectos tales como integridad, cohesión y simpleza, bien pueden mencionarse como expresiones de unidad; todas estas cualidades personales hallarán en la forma su expresión, al crear en tal espíritu. Sin embargo, la unidad de forma es algo muy profundo, excediendo en mucho al ámbito de lo personal.

Es preciso comprender que nuestras almas descienden a este mundo físico desde la dimensión espiritual, y todo lo que debemos realizar refleja la tensión o la dialéctica constante entre estos dos aspectos de la realidad. Cielo y tierra constituyen metáforas de esta experiencia primordial. ¿Por qué hemos venido desde una realidad a otra de menor amplitud, y cuál es nuestro propósito? Hay un trabajo por hacer, y no es posible sustraérsele. Es difícil descubrir cuál es este trabajo, pero esto es parte del camino. Lo importante es llevar a la conciencia que el camino espiritual es el que nos conecta con las preguntas esenciales, si bien no sólo con ellas, sino también con las respuestas que vamos encontrando en su transcurso.

La dialéctica entre el cielo y la tierra que es propia de nuestra existencia contribuye a delinear para la creación un marco conceptual. Todo lo que aspire a ser incluido en nuestras creaciones puede ser asignado a uno de estos dos ámbitos de la realidad. En la imagen la figura, los materiales, todo lo que refiere al mundo, son la tierra; lo abstracto, el mensaje, lo que está más allá de lo mundano, son el cielo. Esto a un nivel general, sin entrar en consideraciones especiales.

Por otra parte es necesario saber que la acción que se nos exige a los seres humanos en el mundo es con el fin de mejorarlo. Cada cual está situado en un lugar diferente dentro del espectro humano, y dentro del lugar que tenemos asignado podemos accionar, con los alcances y limitaciones que se nos otorga. Así también será la clase de trabajo que debemos realizar. Nuestras creaciones serán de algún modo un reflejo de este trabajo personal. Parte esencial del trabajo personal será librarse de la confusión que es propia de este mundo, siendo que la realidad del mundo se define en el ocultamiento. Dentro de los mundos creados, el mundo físico es el que más oculta la Divinidad. Aquí es precisamente el trabajo a realizar. Librarse de la confusión significa identificar la verdadera realidad. La verdadera realidad es la de lo Divino, porque todo lo que existe es Divinidad. Todo es Uno. Poner de manifiesto la Divinidad que anima lo creado, es parte del trabajo de conciencia que es esencial de la existencia. Este trabajo se está desarrollando en esta época de un modo cada vez más revelado, llevando al mundo al estado de perfeccionamiento al que está destinado, conocido como Redención. Al arte le cabe sin duda un lugar en este proceso redentor, porque la Redención lo involucra todo.

Incluir la forma en la realidad divina significa extirpar de ella su impresión de entidad. Es entonces cuando se integra a una unidad de mayores proporciones que ella misma. Hay unidad en la forma cuando es extraída de sí misma para participar de la Divinidad. Sólo hay Unidad en Di-s. La Unidad de Di-s es infinita, todo queda dentro de ella porque en verdad el Uno es Único, es decir, es El único existente.

La unidad en la forma exige que todos los recursos se destinen a poner la unidad de manifiesto. En un arte espiritual conciente de su finalidad última, la unidad que se persigue al crear es la Unidad Divina. Significa aludir a ella con todos los recursos a disposición. Todo aspecto de la forma que aluda a la unidad puede integrarse al conjunto de la obra, y esto además es adecuado y conveniente. La finalidad última de la creación no es en sí la expresión de la unidad sino apegarse al Creador, sólo que este apego requiere recurrir al principio de similitud de forma. La forma de la creación, el artista en relación a su obra, el artista mismo, deben reflejar la unidad esencial, y para ello deben anularse a la Unidad, resignando de sí.

En la forma, la unión de cielo y tierra se manifiesta mediante la unión de lo abstracto y lo figurativo. Esto se aplica en el arte a cada disciplina, a cada modo de expresión, a cada estilo o escuela. Siempre hay un grado de abstracción que nos extrae del marco de lo mundano para trasladarnos a una dimensión más profunda, tanto del pensamiento como del sentimiento, en diversos grados y modalidades. Y siempre está presente lo mundano, aun en las más crudas abstracciones. Es decir, ambas tendencias están siempre presentes. Por lo que, en principio, abstenernos de una de ellas resulta imposible. Esto es porque

nuestras almas están insertas en este mundo físico y dentro de él se desenvuelven, con la finalidad de un trabajo especial del que no somos del todo concientes pero que nos corresponde. Estamos en el mundo siendo almas. Mientras esta conexión se mantenga perdurará nuestra existencia como personas en el mundo, todo el tiempo que nos esté designada. Esto halla su correlato en el arte, indefectiblemente. Lo abstracto y lo figurativo vienen a simbolizar los aspectos esenciales de esta unión esencial que es propia de nuestra existencia en el mundo, independientemente de la modalidad en que se manifieste. Lo trascendente y lo eventual adquieren así un lugar en la forma.

También hay eventualidad en el ámbito interior. Pensamiento y sentimiento no son absolutos sino relativos, sujetos siempre a variabilidad. Claro que la realidad que no es animada por el espíritu de la Torá desconoce que la verdad excede el marco de los pensamientos y los sentimientos, porque es eterna e inalterable. En el ámbito de la verdad nos conectamos con la verdad última, que anima la existencia toda. Toda acción creadora pertenece a la dimensión de espacio y tiempo, y será siempre relativa. Pero podrá estar animada en el espíritu de la verdad eterna, buscando salirse de sus limitaciones para abrirse a lo que la trasciende.

Históricamente el arte ha sido aplicado a responder a los sistemas de poder político o religioso, a la exaltación de las proezas, a la expresión de temas cotidianos, al ornamento. Oscilando entre lo geométrico y lo orgánico, entre naturalismo e idealismo, entre lo representativo y lo expresivo, el artista ha buscado dar respuesta a los dilemas constantes de su humana existencia. Siempre el mundo impone sus requerimientos, y el alma ansía una realidad diferente, que le sea más afín. Entre el mundo inferior y los mundos superiores el alma se debate, generando en el arte, como resultado de esta dialéctica, sus manifestaciones.

Cuanto más concientes seamos de esta lucha que se libra en nuestras almas, más profundas serán las armonías a crear. Todas las oscilaciones de las manifestaciones artísticas a lo largo de la historia, al igual que los productos culturales, entre las antípodas de la experiencia humana, en sus incontables gradaciones, no son sino expresión de la activación de los pensamientos y de los sentimientos, en respuesta al mundo en que vivimos. Siempre está el reflejar lo que experimentamos, intelectual, emocional y sensorialmente, y siempre hay un impulso más o menos manifiesto hacia una realidad que trascienda la experiencia, más esencial y perdurable. Sólo en la medida en que nos comprometemos con ese impulso esencial hacia lo trascendente, somos capaces de acceder a un plano de realidad más elevado, en el que las almas se conectan a su fuente. La armonía lograda al superar la conflictiva humana es más profunda, más verdadera. Es la armonía que amalgama todos los contrastes. Así se identifica el alma con su fuente en Di-s. Di-s lo incluye todo, Su Unidad es infinita. A mayor profundidad, más nos conecta la armonía con el Creador, y más cumple con la finalidad de unir el cielo con la tierra.

El camino de la unidad en la forma abre la experiencia creativa a la dimensión espiritual, en la cual es indefectible adentrarse a fin de resolver armonías de mayor profundidad. No puede desligarse la creación de la dimensión espiritual porque desde ella la creación se sostiene. Sólo puede elegir conectarse con su verdadera realidad si busca

resolver sus conflictivas y poner de manifiesto en su máxima expresión la vitalidad que la anima.

Este es el camino para un arte que aspire a su renovación. El mundo todo se ha vaciado de ideales porque ninguno se sostiene. Todo idealismo surge inevitablemente de la concepción humana y por tanto adolece de nuestras limitaciones. Las posturas artísticas son siempre relativas y variables. Sólo la verdad perdura porque no depende de nosotros. La renovación vendrá ineludiblemente de la mano de la verdad, la cual no depende del criterio personal ni de posturas ideológicas, sino que pertenece a un plano más elevado de la realidad que el de este mundo. Depende de nosotros conectarnos con la realidad desde este lugar elevado, recurriendo a las fuentes verdaderas que son las que nos llegan desde el Sinaí. Desde allí no sólo el arte sino la humanidad en su conjunto tendrá la posibilidad de abreviar para saciar su sed, de un modo siempre renovado.

Conectar la creación a su fuente es adherirla a su propósito último. Esto significa llevar la redención al arte. La redención involucra cada una de nuestras actividades moldeándolas en nuevos principios que surgen de este nuevo espíritu. Cada cual en su trabajo tiene frente a sí su propio desafío. El espíritu de unidad que es propio de esta nueva era, imprime un mismo sello a todas nuestras manifestaciones, sin por eso predeterminarlas. En el trabajo personal, es posible superar las divergencias y la confusión que surgen de la multiplicidad que es propia de este mundo, que en cada uno de nosotros adopta sus propias peculiaridades, y esto será necesariamente en la unidad, que también será particular en cada caso.

Uno de los aspectos a considerar, de gran relevancia en la forma, es el lenguaje. En la necesidad de unificar el discurso tendemos naturalmente a igualar y esto conlleva el peligro de la simplificación. La tendencia contrapuesta es la del eclecticismo, que implica yuxtaposición de lenguajes de carácter diferente. Entre uno y otro extremo tendemos a oscilar, especialmente cuando la creación se interioriza.

La unidad en el lenguaje exige reunir las diferencias. No hay unidad en la simplificación porque simplificar constituye un mecanismo meramente racional que da por resultado una unidad superficial; ni en la yuxtaposición, ya que este proceder no hace sino poner de manifiesto la multiplicidad y con ella el conflicto. En el arte, la diversidad por la diversidad sin un espíritu o identidad en común, sólo exacerba la diferenciación. Pero cuando rige un espíritu en común, una identidad en el propósito, toda la diversidad puede converger en un mismo sentido. La verdadera unidad en el lenguaje se da en la consolidación de un discurso unificado, en el que las diferencias hayan sido absorbidas y reconvertidas hacia una armonía más profunda. La unidad es paz, y la paz es verdaderamente tal cuando incluye en sí las diferencias.

Pero hay que ser conscientes de la dificultad que se presenta a este respecto. No resulta nada fácil consolidar un lenguaje de unidad, porque para ello hay que poder focalizar en el propósito, y esta tarea no es sencilla. Sin embargo, esto constituye para el arte el principal desafío. Focalizar en el propósito implica ser conscientes de cuál es ese propósito. La redención de la forma requiere del artista un trabajo unificado en el sentido de la

Redención, atendiendo no sólo a lo formal sino especialmente al contenido. La forma constituye el resultado de lo que sucede interiormente en el artista. Un arte de unidad es un arte comprometido con el propósito último de una humanidad perfeccionada, consciente de Di-s y de Su Divinidad. Ampliar la conciencia es un proceso que lleva a descubrir que todo es Di-s manifestándose, y que no somos sino en la medida de Su Voluntad.

El mismo *bitul*, la auto-anulación que es propia de una conciencia expandida, alcanza necesariamente también a la forma. Ya no será entendida la unidad como completa en sí misma, sino indefectiblemente ligada a una unidad mayor. Porque nada se completa a sí mismo. Entender la completitud como aislada en sí misma significa otorgar a las cosas entidad y esto constituye un aspecto de la idolatría. Otorgar entidad es dar carácter de existencia independiente, lo cual significa negar la existencia de Di-s. Esta tendencia no es de ningún modo infrecuente sino todo lo contrario, está enquistada en la naturaleza ya que lo natural es un velo que oculta la Presencia Divina, siendo que Di-s se inviste en ella, en aras de nuestra libre elección. Naturaleza no es sólo lo que vemos sino todo el orden cósmico, que sostiene este mundo inferior en su totalidad. Esta tendencia natural de nuestra humanidad de asignar a las cosas -y a nosotros mismos- entidad, es lo que nos hace suponer que nuestra realidad nos pertenece y que depende de nosotros. Obviamente, al habérsenos otorgado la libre elección se nos ha provisto de las herramientas necesarias y adecuadas a tal fin, es decir que tomamos nuestras propias decisiones y las encauzamos de acuerdo a nuestra voluntad y siguiendo nuestro criterio personal. Sólo que Di-s es Omnisciente, por lo que conoce con preciencia nuestras elecciones. Es la paradoja esencial de libre albedrío y Providencia, que nadie es capaz de comprender porque pertenece al ámbito de lo inaccesible. Lo que sí nos está dado conocer es la paradoja en sí misma más el hecho que en el trabajo de expansión de la conciencia nos es revelado algo de lo que nos ha permanecido oculto, y este camino nos conduce a la percepción del Creador y Su Unidad. En el arte, ámbito en el cual el artista debe asumir sus potenciales, se genera naturalmente la impresión de libertad respecto a las fuerzas que debe manejar. Saber que esas fuerzas nos son dadas y no nos pertenecen, requiere un trabajo por sobre la naturaleza. Este trabajo es esencial, y por tanto indispensable. Es el trabajo de auto-anulación que erradica de nosotros la tendencia natural a considerarnos entes autosuficientes, es decir la tendencia egocentrista, que es una de las formas de la idolatría. Este trabajo es necesario en el artista y en el arte todo. La asignación de carácter de entidad a las cosas y a los seres da por resultado un sinfín de configuraciones, de las cuales la historia es expresión. El arte a lo largo de la historia se ha nutrido de esta tendencia natural a crear vida, asimilándose el hombre al Creador. La forma exenta es la máxima expresión de la creación adquiriendo entidad, aunque esta misma tendencia se puede registrar en toda manifestación creativa, al asumir lo creado presencia, pasando a formar parte de nuestra realidad. En el artista, el camino de la unidad exige de sí sobreponerse a su naturaleza individual, lo cual constituye un trabajo de máxima exigencia.

Por cierto, que la auto-anulación no puede nunca ser completa ni es adecuado que lo sea, si así fuese no sería posible la supervivencia. Unirse a la fuente por completo implica el abandono del cuerpo por parte del alma, y no es éste el propósito de nuestro paso por el

mundo. De hecho, el alma es unida a un cuerpo para hacer en él el trabajo que le es asignado. El trabajo a realizar será realizado por el alma por medio del cuerpo en el que habita. Es decir, la unidad de cuerpo y alma es esencial a la existencia en este mundo, y toda demanda del cuerpo que deja a un lado al alma, constituye una fuerza que la aleja de su objetivo esencial; es ésta la tendencia animal con la que el alma debe lidiar constantemente, poniendo en práctica su libertad de elección. La finalidad de esta fuerza que tiende a la materialidad es la de motivar al alma a realizar su trabajo de transformar su realidad purificándola, haciéndola más acorde a ella, en similitud de forma al Creador. La tendencia a lo material es parte de este mundo, pero no es posible anular la materialidad sin dejar de existir. En el trabajo espiritual verdadero, la materialidad no se niega sino se refina, volviéndose en sí misma espiritual. Este mismo trabajo le cabe a todo arte que se identifica con lo espiritual. La forma física propia de lo material nunca desaparecerá en el arte por completo, aun que nos lo propongamos, incluso en las más crudas abstracciones. El trabajo consiste en hacer que sean acordes a una realidad más esencial. Lo que se ve físicamente, ha de verse despojado de los velos de la apariencia objetiva, de un modo afín al alma.

Esta nueva conciencia es la que determina que la forma no se resuelve en sí misma sino en apego a su fuente en Di-s, es decir siendo una con la verdadera unidad que es la Unidad de Di-s. El espíritu de unidad en estos términos, es un espíritu de redención, acorde al nuevo tiempo.

El espíritu de redención lo está permeando todo, y del arte se requiere un compromiso y una adecuación en sus principios a este propósito en común. La conciencia de Di-s pide llegar también al arte, dándole definición y un cauce cierto para su desarrollo.

La forma requiere dar respuesta a este nuevo espíritu de modo concreto reuniendo en sí las divergencias, dando expresión a la unidad esencial y sirviendo de canal para la conciencia de Di-s. A tal fin, todos sus recursos deberían ser puestos a disposición. Los temas, los métodos, los lenguajes, son el campo de batalla de esta esta lucha por la prevalencia del espíritu sobre la materialidad reinante, en un mundo para el que la redención no es meramente un ideal, sino un asunto de supervivencia.

FORMA ESPIRITUAL

En lo profundo de la experiencia interior, la Divinidad que nos es esencial puede ser experimentada en nuestras almas en lo que el Rebe Najman de Breslev llama el punto de verdad. En ese punto esencial las paradojas se resuelven, porque es nuestro punto de unidad – la verdad inferior que hace las veces de canal para la manifestación de la verdad superior -. En su carácter adimensional, germinal e irreductible, el punto es el inicio de la forma, aquello que, esencialmente, da origen a la creación, y es por lo tanto superior a toda noción creativa. Nos remite a la unidad primordial, donde todo es Uno.

Desde ya que, a los fines de una creación esencial, precisa la razón ser extraída del marco hermético de la pura lógica. El camino necesario es expandir la lógica en la amplitud de la fe. Lo cual, trasladado a la forma, significa abrir los límites de la pura geometría en un sentido de unidad, incorporando lo particular a la obra en su conjunto. Es éste un proceder dinámico que involucra al alma del artista. Se requiere un esfuerzo constante de ir y venir de lo general a lo particular y viceversa. Es un dinamismo vivencial, un movimiento espiritual de la experiencia creativa. En cuyo transcurso se replica, en el ámbito creativo, la experiencia del tzimtzum que da origen a la forma. A cada restricción le acompaña una expansión, al pulso del ritmo creativo que identifica el rúaj que mueve al artista, al hábito de vida que insufla el Creador en nuestras almas.

Es este un modo de disponerse el artista en similitud de forma al Creador, concordando su creación con la Creación original. Es ser uno con el Uno, anularse a Su Voluntad en aras del propósito de la Creación. Implica esto supeditar el desarrollo creativo y por lo tanto el lenguaje formal, al propósito de Di-s, en el cual la Creación cobra sentido.

La Voluntad de Di-s, según los Sabios nos lo han transmitido desde Sinaí, es hacerse manifiesto en nuestro mundo. Canalizando en su mismo sentido la energía que Él nos suministra, podemos articular las formas de modo tal que se trasluzca Su Presencia.

Así también queda delineado un desarrollo posible para el lenguaje de las formas, de modo tal que sirva al propósito de la Revelación. En virtud de esta finalidad, habrá de ser materializada de modo tal que manifieste la Divinidad que la anima. Y al hacerlo revelará su esencia misma, ya que la forma, es decir la apariencia, es la contraparte espiritual de la realidad material.

Esto de por sí presenta dos aspectos coexistentes, ambos atendibles por igual. Uno es, en sí, la manifestación de la Divinidad contenida en la forma. Y el otro es que la manifestación es también ocultamiento. Pues sólo la luz se manifiesta cuando es velada por los filtros que la ocultan. Sin una apariencia formal que nos remita a lo reconocible, no habrá más que abstracción pura, inaccesible a la conciencia.

En este nuevo tiempo en que los lenguajes piden ser purificados, la forma precisa expresarse en el idioma del alma. Sólo tienen nuestras almas la vocación de decir por el hecho de hallarse sumidas en el mundo material. Y para decir, precisan hacerlo de un modo transmisible. La realidad propia del alma es de unidad, y su modo de expresión es limitado por naturaleza. Necesariamente, al hablar en un lenguaje que le sea propio expandirá los

límites de la materialidad adecuándolos a la realidad espiritual. El resultado concreto será de una pureza afín al alma. Al igual que el alma, que habita en un ámbito donde reina la unidad pero que está suspendida entre su lugar de origen y el mundo material, de esto mismo la forma concreta ha de ser expresión. Todo en ella será el resultado de permear la materialidad de espiritualidad, encarnando en sí la Redención por la vía de la síntesis. Pues más puro ha de ser el lenguaje cuanto mayor sea su simpleza, entendiéndose por simpleza la que, como expresión de la unidad simple del Uno, reúna en sí, sintéticamente, toda la diversidad.

Por este camino creativo puede ser posible, para el arte, contribuir a realizar el potencial redentor de nuestra humanidad en tiempos en que la Redención se ha hecho inminente. Probablemente un camino entre otros tantos, igualmente válidos e igualmente posibles, en tanto no surjan de sí mismos ni se nutran de sí mismos, sino que abreen del manantial de la Sabiduría para extenderse a la forma, y en tanto vengán a encarnar el mismo espíritu.

Claro está que nada ha de ser definitivo, pero la parcialidad no obsta a que se apliquen los esfuerzos pertinentes. En todo caso, como la profecía proclama: *“Porque entonces tornaré a los pueblos una lengua pura...”* (Sofonías, 3:9) el lenguaje propio de la Redención, es decir, el lenguaje de la humanidad perfeccionada, no ha de ser alcanzable exclusivamente debido al esfuerzo personal sino, especialmente, como un don que nos otorgue el Creador, en términos que no es posible vislumbrar.

EL ROL DE LA PALABRA

“Y dijo Di-s “haya luz” y hubo luz” (Génesis 1:3)

Desde siempre el arte ha estado ligado a la palabra. En las religiones, en las filosofías, en las culturas populares, el arte ha encontrado un espíritu motivador, un manantial en el que nutrirse, un anclaje en el cual sostenerse. En la misma medida en que los fundamentos varían se modifican sus postulados y, en consecuencia, sus realizaciones.

Encarnando los ideales de su época y lugar, las artes todas ostentan a lo largo de la historia el impulso hacia la glorificación. Siempre es el arte un festejo, un ensalzamiento de la creencia en la que se fundamenta. Hay desde ya la impronta personal en cada ejecución, en cada modo de interpretar la realidad que atraviesa al artista. Inevitablemente, la realización es fruto de la interacción entre el artista y el mundo que lo circunscribe. Este trasfondo de la obra con sus múltiples posibilidades, es un modo en que se configura la palabra, aún en estado potencial. En la fe que motiva la realización hay oculta la fuerza que se le suministra. La obra en concreto ha de ser el resultado de llevar de la potencia al acto la realidad contenida, tornándola manifiesta.

La palabra es creadora. Tiene la fuerza especial que Di-s le otorga y en la que nos asimila a lo Divino, lo cual nos diferencia del resto de las criaturas y la vuelve nuestra herramienta principal. De nosotros depende el modo en que la empleemos, y el resultado consecuente. Hay en ello un desafío enorme que involucra nuestra vida en su conjunto, y por extensión a la entera humanidad. Desde el propio decir nos involucramos con el devenir humano, con el curso de la historia.

Enfrentados a una nueva humanidad, se abre ante nuestros ojos un espectro variadísimo de opciones creativas, tantas como la imaginación sea capaz de concebir. Pero el camino verdadero será aquel que no dependa de la imaginación, sino el que haya de abreviar del manantial de la Sabiduría. Cada cual tiene al respecto la responsabilidad sobre sí. De nuestras propias y particulares elecciones dependerá nuestro aporte a un mundo nuevo. En este sentido, adquiere la palabra un rol determinante. Imbuidos de espiritualidad será posible impactar en el sistema de un modo positivo. Tal vez no estruendosamente sino, como dice el Rebe Najman, *“con una suave y queda voz”*, que es el modo en que recibimos la verdad, especialmente en estos tiempos de oscuridad en que se ha ocultado la presencia de Di-s.

Nunca como en esta época la palabra ha adquirido un rol tan protagónico. Cuando los sistemas de poder imponen las pautas culturales de manera hegemónica imponiendo cauces a la libertad individual, en los que la creación artística puede fluir más allá de las licencias personales, tal como en las grandes civilizaciones, la palabra queda circunscripta dentro de los límites impuestos. Determina la forma de manera implícita desde las condicionantes del sistema mismo, inclusive en disidencia. Pero cuando lo que se cuestiona es la validez misma del sistema, cuando la creación precisa un nuevo marco conceptual, entonces la palabra se ve requerida para liderar el camino a la transformación.

Este ha sido el caso de la modernidad. Desde sus inicios, la palabra ha ejercido en el desarrollo artístico un marcado liderazgo. El Neoclasicismo surge de la filosofía propia de la Ilustración, la cual cuestiona los valores vigentes mediante la razón. El Romanticismo que reacciona contra el racionalismo, se gesta en la teoría y se desarrolla en el debate. El Naturalismo es inicialmente un movimiento literario teóricamente fundamentado, que se difunde luego al resto de las artes. El Impresionismo, si bien se desarrolla fundamentalmente en la pintura, encuentra en la palabra su sustento espiritual, a la vez que un factor de integración.

Desde allí, todo nuevo arte ha requerido del sustento que proporciona la palabra. Los manifiestos constituyen el camino natural de las nuevas tendencias en su afán por imponerse: Manifiesto futurista, Manifiesto dadaísta, Manifiesto surrealista, son algunas de las expresiones de esta modalidad típicamente moderna. E independientemente de ellas, es algo común en los artistas modernos apoyar su obra en la palabra escrita. Tal es el caso de Rodin, de Matisse, de Kandinsky, de Henry Moore. En la palabra cristaliza la idea que la imagen viene sólo a interpretar. Hay en la idea un carácter de generalidad que la imagen precisa.

Por otra parte, el desarrollo de la crítica ha contribuido a instilar en el mundo del arte un espíritu de teorización. Los ready-made, en su afán por sacudir las estructuras de las bellas artes, surgen desde el pensamiento y sólo pueden reconocerse como arte, aun en su nihilismo, mediante la palabra; y sólo por ella pueden ser exhibidas como creaciones. Desligada de la estética, la palabra asume un rol independiente que, más que servir de contrapunto a la labor del artista, la predetermina.

En los medios de comunicación encuentra la palabra los canales por los cuales desplegarse. Periódicos, revistas, y luego la tecnología digital, sirven de soporte a un desarrollo literario que progresivamente va ganando terreno. Hoy ha de ser difícilmente imaginable un escenario del arte desprovisto de literatura.

Si bien el elemento literario en las artes visuales ha sido cuestionado por quitar libertad a la imagen, hoy este cuestionamiento ha entrado en la obsolescencia. La palabra ha inundado el mundo de la imagen, si bien no necesariamente integrándose sino, antes bien, escindiéndose. Pues configura un universo por derecho propio, y se sostiene en base a sus propios recursos.

El arte pop y el arte conceptual se han erigido auxiliados por los medios de comunicación. Al igual que la palabra, la fotografía y el video constituyen plataformas desde las cuales han sabido proyectarse. Los medios mismos han adquirido entidad, imponiendo sus modalidades y haciéndose lugar en la escena del arte. El concepto de medio ha sido desvirtuado, al no requerir de una finalidad.

Espacios destinados a pinturas y esculturas hoy son reemplazados por fotografías y videos, por objetos industriales o por instalaciones. La cultura industrial ha irradiado su influencia en el arte forzando la libertad inherente al artista, convenciéndolo de la necesidad de integrarse al sistema productivo. La creación en serie, el concepto de producción, la alusión al mundo circundante, el léxico en sí mismo, hoy todo ha quedado

impregnado por igual del mismo espíritu. Todo habla hoy de productividad y de integración al sistema vigente. Las voluntades de los componentes del sistema, incluyendo a los artistas y a los intermediadores, son asimismo predeterminadas por un consenso que hoy está globalizado.

Es así que la palabra se ha transformado en herramienta al servicio del sistema productivo, y que la innovación ha quedado circunscripta al perímetro que delimitan sus condicionantes. Toda voz que proceda de un lugar diferente ha de hallar resistencia, por generar una fuerza de sentido contrapuesto. Todo aquello que no colabora es simplemente ignorado. Desde luego, no hay en ello intencionalidad, puesto que el sistema condiciona y todos somos parte de él. Hay un relato construido del cual no es fácil sustraerse, implícito en el curso de las cosas.

En este sentido, es pertinente abogar por la libertad individual, y asumirnos en la singularidad que nos es propia. Es verdad que no todo en el mundo pertenece al mismo plano ni funciona de manera uniforme; la humanidad no está siendo arrastrada sin remedio hacia el abismo. En nuestras almas, aun sin saberlo, se libra la lucha por un mundo mejor. Nadie es sumergido en la oscuridad de la noche sin el sufrimiento de no ver la luz. En lo más profundo, el alma reconoce la tergiversación.

Así es que se vuelve imprescindible sumirse en la Sabiduría. No es fácil el camino que a ella conduce porque hay interferencias, generadas por las verdades relativas. Reside en cada uno el desafío de reconocerla, cuestionándolo todo hasta encontrar lo incuestionable. Es éste un camino personal, que se recorre a medida que se expande la conciencia, abrevando de las fuentes que nos ligan a una humanidad perfeccionada y que nos llevan a un estado superior. Hay todo un movimiento espiritual de carácter redentor que está manifestándose. Tal vez no es dado registrarlo en el arte, pero también el arte está sediento de verdad, está ávido de los nuevos fundamentos en los cuales sustentarse.

La expansión de la conciencia pide hacerse un lugar en el arte. La Redención está pidiendo materializarse, hacerse manifiesta. El arte es uno de los modos en que se manifiesta nuestra humanidad, por lo que le cabe un lugar de relevancia. Y en el arte la palabra, que hoy ha asumido el liderazgo que le corresponde, requiere ser reconducida, no hacia destinos novedosos sino hacia su finalidad más esencial. Precisa no sólo acompañar el proceso redentor sino, desde su lugar, incentivarlo.

Así es que, mientras nos abocamos a desarrollar lenguajes, a definir caminos creativos, a incursionar en las fuentes a las que nos arroja nuestro sentido común para saciar nuestra sed, la palabra es requerida para asumir su rol de liderazgo.

Le cabe un lugar de extrema responsabilidad. Puede crear o destruir, puede llevarnos a nuestra redención personal o, Di-s no quiera, a su antípoda. Cierto es que no somos profetas, pero la Profecía se alza hoy sobre la Tierra sacudiendo sus más hondos fundamentos, para enfrentarnos a nuestro propio perfeccionamiento, en cumplimiento del mandato Divino.

¿Pero puede acaso, sin embargo, la palabra alzarse desde la intrincada trama que la aferra, urdida en los modos culturales? ¿Es posible que la tendencia cultural hacia la negación de la forma, vire hacia la forma en tanto manifestación de la dimensión espiritual, cuando la modalidad impuesta se ha erigido sobre una fe que niega a Di-s? Cuando los enfoques de la creación tienden a jerarquizar la experiencia sensorial como valor supremo, cuando la profundidad reflexiva ha sido reemplazada por lo sorprendente, y el ingenio ha suplantado a la sabiduría, ¿será esperable modificar el paradigma hacia su antítesis? ¿No resulta idealista suponer que sea posible a la palabra asumir un rol con el que no se identifica?

Desde ya que el camino es difícil, pero de ningún modo imposible. De hecho, hay en favor del nuevo tiempo nada menos que la profecía, junto a las proclamas de los Sabios de la generación. Y el camino se forja abrevando de la Sabiduría, que está a todos disponible. Es justamente al abrevar del manantial de la verdad que se verá la palabra despojada de sus ataduras terrenales.

En rigor, todos los intervinientes de la escena del arte tienen una potestad en lo que a la palabra respecta, que por algún motivo les ha sido otorgada. Es apropiado entonces ser concientes de lo que tienen a disposición. Como toda herramienta, puede ser utilizada de modo que revele su mayor potencial. Es entonces necesario replantearse cada cual el lugar que le cabe, la función que le ha sido asignada en el conjunto, para desde allí reestructurarse. ¿Qué significa ser portavoz en un mundo tan complejo? ¿Cuál es el rol que toca interpretar en una escena de tal envergadura? ¿Qué responsabilidad particular le cabe a cada uno de los protagonistas?

Cabe recordar que el mundo en que vivimos responde a una estructura con que el Creador dotó a la Creación. Pues, siendo el Creador Uno, de una unidad simple y absoluta, *“sin ningún aspecto de estructura, forma o pluralidad”*, *“¿de qué modo el Creador (...) interactúa con los diversos aspectos y partes que forman Su Creación? ¿De qué manera lo Uno puede interactuar con lo múltiple?”* A tal fin, *“el Ser Supremo creó una dimensión espiritual”* que es dinámica y está *“formada por seres espirituales inteligentes y sensibles”*. (Rab Aryeh Kaplan) En la profundidad de lo creado se oculta el Creador, cuya esencia escapa a cualquier definición o idea de estructura, pero la Creación se halla firmemente estructurada de modo tal de permitirnos a los seres creados conectarnos con nuestro Creador sin ser absorbidos en Su infinita Unidad.

Así pues, a la hora de alzarnos en calidad de portavoces, si estamos animados por la conciencia de pertenecer a un orden superior del cual no es posible sustraerse, no podremos ignorar el contexto real en el que nuestro accionar se desenvuelve. Un contexto por mucho más vasto que el del sistema cultural. Al alzar nuestra voz, estamos impactando en el sistema de la Creación, y generando influencias de orden cósmico.

Es más que necesario en estos tiempos adquirir dicha conciencia, tanto a nivel general como, en lo particular, en todo aquello que concierna a nuestro mundo personal. En lo vinculado al arte, resulta pertinente ser concientes de la tendencia nihilista que lo impregna todo. Que se manifiesta en la disociación en el lenguaje, en la pugna entre

modalidades, en la negación de la forma, en el vaciamiento de sentido. Todo lo cual responde a una razón, pero la verdad supera a la razón porque pertenece a un orden superior. La Voluntad del Creador delinea un camino que es de carácter redentor. Nos habla de paz, de conciencia, de comprensión, de un mundo sin conflictos, de una humanidad perfeccionada. La tendencia nihilista es la ilusión de un orden fundado en la veracidad. Veracidad que no es tal, porque carece en sí de fundamento. Cualquier defensa de tendencias negadoras, sólo termina contribuyendo a la disociación, que es el camino inverso a la unidad. La tendencia a la disociación es la antítesis del sentido creador.

Como toda negación, para perdurar precisa estar fundamentada sobre bases firmes. La negación por la misma negación no puede sustentarse, y antes o después termina desapareciendo. La insustentabilidad de la tendencia negativa es que para sostenerse recurre a herramientas que le son antitéticas. Precisa un orden, una estructura conceptual, un sentido de realidad y permanencia.

La tendencia conceptual que ha determinado el rumbo del arte que se hace llamar contemporáneo, como si hubiera geminado en el presente y como si no hubiera en el mundo del arte otra cosa, resulta de desarrollar exhibiciones cuya realidad es transitoria. En el caso de las instalaciones, una vez exhibidas se desmontan y dejan de ser lo que antes eran. Queda el registro de la fotografía y el video, la publicidad y las notas periodísticas, todo el bagaje de imagen y sonido sumado a lo verdaderamentepreciado en este arte, que es la palabra. De ser necesario y determinante el carácter de efimeridad, ¿para qué haría falta el registro de lo acontecido? Alcanzaría con la experiencia del momento, tanto al artista como a los visitantes.

Desestimar lo que no acuerda con el sistema cultural y con el curso de su desarrollo deviene en escisión, una nueva y adicional disociación que viene a sumarse al amplio repertorio de la modernidad. No hay que engañarse a este respecto. El llamado arte contemporáneo sigue siendo arte moderno, pues no viene a agregar en concepto sino a profundizar su variable más disociativa, encarnando el anti-arte en su negación de la perdurabilidad, aspirando por ese camino a erradicar de raíz todo vínculo con la tradición y sus instituciones. Un propósito noble aunque confuso, que asigna a lo tradicional per-sé el atributo de la decadencia.

Ha de ser, sin embargo, posible, incorporar la negación del antiarte a un desarrollo de tal magnitud que la admita en su seno, reencauzándola en un sentido afín al nuevo tiempo. En verdad, importa más el espíritu que la cosa en sí misma, y en esto el arte conceptual nos ha abierto un camino. La incorporación del total de las modalidades existentes y por existir, al nuevo espíritu que se está manifestando, queda por encima de toda otra consideración.

El propósito de la manifestación de la Presencia Divina demanda unidad, y sólo hay unidad cuando hay unidad en el propósito. Y hay que tomar en consideración que la unidad de propósito canaliza las diferencias en un mismo sentido, en armónica fluencia, permitiendo que todo encuentre su lugar. Así como en Su Creación incluye Di-s la

posibilidad de negar Su existencia, del mismo modo puede el arte incluir las tendencias negadoras, sin por eso negarse a sí mismo.

La conciencia de unidad pide obrar en identidad y semejanza con el Creador, y esta conciencia es extensiva a todo.

No resulta vano entonces afirmar que la creación, cuando es conducida hacia el desarrollo de su potencial, necesariamente es el camino de la forma, y que la forma incluye a la no-forma, es decir, a la negación de su propia realidad, en un sentido creativo. Y que es éste el camino necesario a los fines del propósito último, que la Creación lleva grabado dentro suyo, para ser llevado desde el plano de lo potencial hacia el de la realización.

La fuerza atomizante desplegada en esta época, que nos recluye a la privacidad de nuestros mundos personales induciéndonos a un ejercicio introspectivo, ha dado un nuevo impulso a la individualización de la experiencia tanto en lo general como en lo particular. Ante la perspectiva de un mundo en continua desintegración, es momento de abocarse a la creación de un nuevo orden y en especial de un nuevo arte, desde el punto interior de verdad, único e irreplicable, donde puede cada cual conectarse con Di-s para desde allí renacer.



ISBN 978-987-48619-5-5



9 789874 861955